

## CAPITULO XCIV.

## La muerte de la reina.

**E**SPUES de haber sufrido tantas desventuras, la única esperanza de Colon en el ocaso de su vida era la justificación, la bondad de la reina, que en todo tiempo había sido su protectora, porque era quien mejor había comprendido su alma.

Pero las cartas que había dirigido á su hijo Diego, las gestiones de sus amigos, los últimos pasos que había dado Fernando en favor de la causa de su padre, habían sido infructuosos.

Todo estaba paralizado en la corte.

Isabel la Católica, la excelsa reina, ídolo de sus vasallos, ángel tutelar de palacio, yacía en cama, y todas las miradas de la nación se fijaban con incertidumbre dolorosa en aquel lecho, en que la enfermedad dominaba á aquella gran mujer.

La generosidad de Américo Vespucio había tranquilizado al almirante.

Los marineros habían cobrado sus soldadas, y su generoso bienhechor había rodeado del mayor misterio aquel acto que le había reconciliado con el almirante.

Pero Colon necesitaba á toda costa una ostensible reparación.

Necesitaba que le confirmasen en sus títulos y honores, y necesitaba que le hiciesen justicia en sus reclamaciones pecuniarias, porque veía acercarse la hora de su muerte, y ¿qué

era su vida si no legaba á sus hijos la gloria y la fortuna que tan inmensos sacrificios le había costado?

A los motivos justos y legítimos en que fundaba este deseo, unía otro.

María, con lágrimas en los ojos, le había confiado que su padre, sin adivinar el sentimiento que llenaba su alma, había dispuesto de su mano en favor de uno de los altos personajes de la corte.

No había tenido valor para oponerse resueltamente á sus proyectos, y lo único que había conseguido era que convenia aplazar su contestacion.

Colon no podía permanecer en aquella casa, porque la gratitud iba á obligarle á oponerse á la felicidad de su hijo.

En esto llegó la noticia de que la reina había experimentado alguna mejoría.

Colon resolvió ir á la corte, que estaba á la sazón en Medina del Campo, con el objeto de aprovechar aquella circunstancia para ver á la reina y obtener la realizacion de sus deseos.

Al mismo tiempo necesitaba ver á su hijo para prepararle al segundo terrible golpe que veía próximo á caer sobre su cabeza.

Lo dispuso todo para el viaje, anunció sus propósitos á don Fernando de Toledo, y se puso á escribir á su hijo, participándole su resolucion.

«Quiera Dios, le decia, volver nuestra reina á la salud, porque con ella se arreglará todo lo que está ahora en confusion.»

Llegaba á esta frase de su carta, cuando resonó en su oído el fúnebre tañido de una campana.

Fray Diego de Deza lanzó una exclamacion.

—¿Qué será? dijo ¡Qué nos anunciará esa fúnebre campana!



Y calló anonadado en el sillón que poco ántes ocupaba Colón al lado de la mesa.

En aquel momento llamaron á la puerta de la estancia.

Colón se precipitó á abrir, y don Fernando entró en el aposento.

—¿Qué ocurre? dijo Colón.

—La reina ha muerto; hace poco han llegado emisarios con tan triste nueva, y las campanas doblan ya por su alma.

Aquella noticia era un terrible golpe para Colón.

Ya habia firmado la carta de su hijo, y con la serenidad del justo, con la resignación del cristiano, escribió esta posdata:

«Una memoria, dice, para tí, mi querido hijo Diego, de lo que se ha de hacer ahora. La cosa principal es encomendar á Dios afectuosamente y con gran devoción el alma de la reina nuestra soberana. Su vida fué siempre católica y piadosa, y pronta á todas las cosas en su santo servicio; por esta razón podemos estar confiados de que se ha recibido en su santa gloria, y está ya fuera de los cuidados de este áspero y cansado mundo. Lo segundo es vigilar y trabajar en todos los negocios por el servicio de nuestro soberano el rey, y hacer por aliviar su sentimiento. Su majestad es la cabeza de la cristiandad. Acuérdate del proverbio que dice: «Cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen.» Por lo tanto, todos los buenos cristianos deben pedir por su salud y larga vida; y nosotros, que por él estamos empleados, debemos más que otros hacerlo con todo estudio y diligencia.»

«Imposible es leer sin conmoverse esta sencilla, elocuente y triste carta, dice el historiador de quien transcribimos estas líneas, en que con rasgos tan naturales expresa Colón su ternura por la memoria de su bienhechora, su cansancio de los cuidados y males de la vida, y su invariable y paciente lealtad hacia el soberano que tan ingratamente le trataba. En estas

cartas de confianza y sin estudio se lee sin duda el alma de Colón.»

Un suceso aplazó la resolución del almirante.

Don Fernando de Toledo acababa de ir á la corte, y Colón quedó en Sevilla en una casa que delicadamente puso á su disposición Américo Vespucio.

En prueba de su gratitud, aceptó su ofrecimiento de ir á la corte á gestionar en favor de sus negocios.

Colón le puso en relaciones con sus hijos.

Fray Diego de Deza, su antiguo amigo, fué promovido por entonces al arzobispado de Sevilla, y como ántes de tomar posesión de él tenia que ir á la corte, escribió á su hijo para que buscara la influencia de su antiguo amigo y averiguase si la reina al morir habia dicho algo en su testamento acerca de Colón.

Las contestaciones que recibia á todas sus cartas, las noticias que le daban los emisarios que habia enviado á defender sus intereses, eran nuevos martirios para él.

Apénas murió la reina arrojaron la careta sus adversarios, y apoderándose del ánimo del rey, le indujeron á cometer las mayores injusticias para con el gran descubridor del Nuevo Mundo.

Sus súplicas eran recibidas en palacio con indiferencia.

Ovando permanecía en su puesto, y en vez de censurar su conducta para con el almirante, le enviaban instrucciones sin dar cuenta de ellas á Colón, ni siquiera por cortesía.

Se trató de enviar tres prelados á los países descubiertos, y aunque suplicó que ántes de enviarlos le oyesen, no le hicieron caso alguno.

Lo único que pudo conseguir, cuando en medio de su desesperación resolvió ir á la corte, fué que le concediesen real permiso para ir en una mula con silla, modo de viajar que se habia prohibido. (V)



Bartolomé volvió á Sevilla para acompañarle, y no queriendo acibarar los últimos días de su existencia, le ocultó las desgracias que habian sufrido Inés, su hija y Villejo.

En Mayo de 1605 llegó el almirante á Segovia, donde se hallaba la corte.

El gran hombre, que algunos años ántes habia recorrido toda la España en triunfo y habia sido recibido por los reyes como su igual, entró en Segovia melancólico, solitario, y en medio de la más completa indiferencia, mortificado por los achaques.

Era el último grado del sufrimiento.

La acogida que le dispensaron le hirió de muerte.

## CAPITULO XCV.

**Donde se ve como Colon busca á la justicia y no la encuentra.**



Al verse entre sus amados hijos, se reanimó el abatido espíritu de Colon.

No le ocultaron, sin embargo, que consideraban perdida su causa.

El mismo Américo Vespucio, que habia hecho cuanto habia estado á sus alcances para reanimar los deseos de Colon:

—Todo cuanto intenteis será esteril, le dijo; el corazon del rey es frio como el mármol. Yo soy rico; disfrutad de mis riquezas, volved á vuestra patria, abandonad este país ingrato. Voy en busca de mi hija, á cuya felicidad quiero consagrar toda mi vida, pero cuya idea me permitirá consagrarme tambien á vos. Venid á Italia.

—No, contestó Colon. Que me mate aquí la ingratitude si la Providencia en sus altos juicios lo tiene así dispuesto.

Viendo la formal resolucion del almirante, partió Américo Vespucio, y lo más que pudieron conseguir los amigos del ilustre marino, fué que el rey le concediese una audiencia.

Desde el primer momento leyó Colon en el alma del monarca.

Recibióle éste con forzada cortesía.

Una risa glacial brillaba en sus labios.

De buen grado hubiera abandonado para siempre aquella estancia el hombre á quien la indiferencia del monarca no podia acibarar la inmensa gloria que habia conquistado.